

DEFENSA DE VERACRUZ

Mientras que en el Norte se sacrificaba inútilmente el ejército mexicano en una desastrosa campaña, cuando más necesaria era la unión absoluta de todos los hijos del país para defender la patria, amenazada de muerte y ya sangrando sus numerosas heridas, en la capital de la República, cerebro y corazón de aquella, estallan las pasiones políticas más desenfrenadas, en un caos de odios atroces que hacían dividir la sociedad en grupos que se desgarraban unos á otros.

¡Cuando el enemigo de todos los mexicanos, aprovechando el debilitamiento de la nación por las guerras civiles que destrozaban sus entrañas y empobrecían su sangre, cuando el Invasor avanzaba, ya victorioso, á dar el golpe de remate, algunos mexicanos en vez de olvidar, siquiera un instante, sus discordias, para salir al encuentro del extranjero enemigo, se herian entre sí, haciendo encenderse una revolución inicua y vergonzosa!

El Clero, eterno enemigo de las instituciones democráticas y de la misma independencia de México, atizaba los rencores y excitaba la contienda civil, y en vez

de aprovechar la triste influencia que tiene en lo íntimo de la familia, para que la juventud empuñase las armas contra el adversario común, deslizaba semillas de encono, dejando caer un velo ante los ojos del patriotismo nacional, para que no se viera en el horizonte el brillo siniestro que como un relámpago de tempestad lanzaba el sable del Norte.

Teniendo que concretarnos á la parte puramente militar de aquella sombría etapa de la vida de nuestra patria, sólo apuntamos vagamente esta nota política, para que se comprendan las causas de tantos desastres y se tenga una idea del desarrollo de los principales acontecimientos.

Tres partidos políticos se disputaban en México la preponderancia de sus ideales, encarnados en ciertos personajes, que los representaban. Eran estos partidos: el republicano radical, el moderado y el reaccionario clerical, siendo el segundo de ellos el término medio entre los otros dos.

El partido exaltado estaba en el Poder, pues era Presidente de la República (Santa Ana se hallaba al frente del Ejército) Don Valentín Gómez Farías, quien ordenó el envío á Veracruz de los cuerpos de Guardia nacional del Distrito, formados por artesanos, empleados particulares y jóvenes de la clase acomodada de la sociedad, gente toda manejada por el Clero, y por ende, contraria á la Administración.

El cuerpo de Guardia Nacional « Independencia, » debía partir el primero, siguiéndole después los de « Bravos » « Victoria », « Mina » é « Hidalgo », pero instigados por el Clero, los milicianos resolvieron desobedecer la orden y pronunciarse contra el Gobierno, ocupando al efecto una extensa línea desde San Cosme

hasta la Profesa, en número de 3,250, sin artillería, á las órdenes del general Peña y Barragán.

El gobierno por su parte, contaba con 3,300 hombres y veintidós piezas de artillería, extendidos en la Sección Oriente de la Capital.

¡Causa vergüenza y cólera relatar estos hechos! Por espacio de muchos días se halló ocupada la ciudad de México por tropas de las que una mitad hostilizaba á la otra, tiroteándose inútilmente desde lo alto de las torres y las esquinas de las calles, dando un *magnífico* espectáculo á la población.

¡Ah! y todas aquellas tropas eran mexicanas, y cuando más necesaria era su actividad en los campos de batalla, se entretenían en foguearse, sin resultado práctico alguno, desperdiciando tiempo, dinero y parque!

La presencia de Santa Ana en México que llegó el 20 de Marzo, procedente de San Luis Potosí, donde había dejado rehaciéndose al ejército del Norte, hizo cesar las hostilidades, ocupando de nuevo la presidencia de la República.

En tanto que en México se verificaban tan vergonzosas escenas, una lúgubre Epopeya de incendio, muerte, destrucción, bravura, heroísmo y catástrofe, se desarrollaba en Veracruz, rimada por el rumor trágico de las olas del Golfo....

En efecto, en aquellos tristes días de Marzo de 1847, la escuadra norteamericana que escoltaba el ejército de Scott, bombardeaba el puerto de Veracruz.

En vista del nuevo plan de operaciones de campaña contra México, apoyado por el Gobierno de los Estados Unidos, debiendo emprender éstas sobre nuestra costa

oriental, apoderándose de aquel punto, el general Worthfield Scott desde principios de Enero había empezado sus preparativos para la nueva campaña.

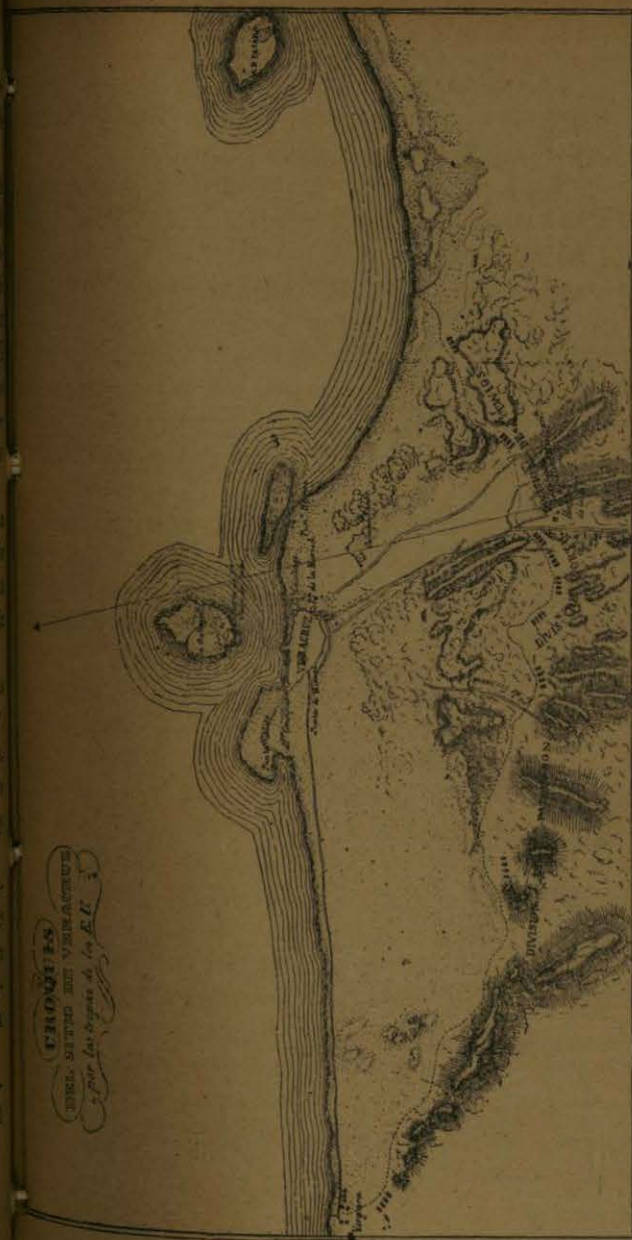
Además de un gran tren de sitio de bombas y morteros á 24 y de obuses de 8 pulgadas, había pedido de 50 morteros, de 80 á 100,000 bombas y 141 lanchas ó botes de desembarque. El punto general de reunión fué la isla de Lobos, á unas 60 millas al S. de Tampico, y llegó á ella Scott el 21 de Febrero. El 23 salió Worth de Brazos de Santiago, donde quedaban por embarcar dos cuerpos. Las divisiones de Twiggs y Patterson se embarcaron en Tampico el 28.

Scott organizó en la isla de Lobos su ejército con una división de Regulares, formada por las brigadas de Worth y de Twiggs; y con una división de Voluntarios, al mando de Patterson, con las tres brigadas de Pillow, Quittman y Shields.

La 1ª brigada de Regulares se componía de la batería de Duncan, los regimientos 2º y 3º de Artillería, 4º, 5º, 6º y 8º de Infantería, y dos compañías de voluntarios agregadas. La 2ª brigada se componía de la batería de Taylor, los regimientos 1º y 4º de Artillería, 1º, 2º, 3º, 7º de Infantería, y el de Rifleros á caballo.

De las brigadas de Voluntarios, la de Pillow constaba de la batería de Steptoe y los regimientos 1º y 2º del Tennessee y 1º y 2º de Pensylvania; la de Quittman de los regimientos de Carolina del Sur, Georgia y Alabama; y la de Shields de un regimiento de Nueva York y dos de Illinois.

Había, además, la Caballería, compuesta de destacamentos del 1º y 2º de Dragones, y un regimiento del Tennessee.



La fuerza numérica total excedía de 12,000 hombres con poderosísima artillería y numerosos trenes de material de sitio y plaza.

El enemigo empezó á practicar sus reconocimientos á principios de Marzo, efectuando sus primeras operaciones de desembarque sobre nuestras playas cerca de Collado, protegido por tres vapores y cinco goletas, sin que la plaza de Veracruz pudiese impedir, ni siquiera dificultar, hostilizar, ni entorpecer aquello, careciendo totalmente de tropas ligeras, pues apenas se contaba á extramuros, de muy escasa caballería de guardia nacional, que era batida y hecha retirar en cuanto intentaba algún movimiento en contra del Invasor.

Éste fué desembarcando lentamente su ejército y material de guerra, y sobre todo su artillería de sitio y su inmensa cantidad de municiones, no sin muchas serias dificultades, pues el temporal, unido á la resistencia de la tropa de caballería mexicana, que en guerrillas dispersas solía presentarse, inquietándolo, le hizo retardar mucho sus preliminares operaciones de asedio.

El general Scott, llamó « campo de Washington » al sitio en que hubo de establecer su campamento y su cuartel general á la vista de Veracruz. Dividió por su ejército, después de haber acampado, en esta forma: una gran escolta de dragones con 325 hombres, primera división ó tropas regulares, integrada por las brigadas de Worth con una batería de artillería ligera de Deane, otra batería de obuses de montaña, 2º y 3º regimientos de artillería; 4º, 5º, 6º y 8º de infantería, y las dos compañías de voluntarios de Luisiana y Kentucky que formaban un total de 3,364 hombres; y la brigada Twiggs con otra batería, los

caballo y cuatro regimientos de infantería y dos de artillería con un total de 2700 hombres. La división de Petterson (de voluntarios) compuesta de diez regimientos con los nombres de diversos Estados del Norte, constaba de 7,000 hombres. Tal era el efectivo de las tropas americanas cuando su general les pasó revista en las costas del Golfo.

Scott tenía el plan de asaltar primero á la ciudad fuertemente, para apoderarse de ella, después de un bombardeo, ú obligarla á capitular; en seguida atacaría Ulúa, desde tierra en combinación sus baterías con los fuegos que hiciera la escuadra, para lo cual convino con el Comodoro Perry en que sus barcos más pequeños cooperarían al bombardeo, primero de la plaza, y luego del Castillo.

Mientras el ejército enemigo levantaba sus trincheras y baterías, cavando caminos cubiertos, construyendo espaldones y trincheras, practicando paralelas y toda serie de obras de aproximación ofensiva en torno de la plaza, fuera de ella, á retaguardia del adversario, continuaron durante algunos días la hostilidades, las fuerzas mexicanas llamadas de la « Orilla », en unión de los escuadrones activos de Cuernavaca, Jalapa, Orizaba y Veracruz. Pero, en verdad muy pocas ventajas obtuvieron, por encontrarse faltas de todo apoyo y completamente imposibilitadas para efectuar un ataque serio contra un enemigo tan poderoso y tan bien fortificado.

Dirijamos ahora una mirada hacia el interior de la plaza, preparándonos á contemplar el triste cuadro que nos debe sugerir tanta amenaza y tanta fuerza enemiga, cercado en formidable anillo su recinto, desmantelado casi y desguarnecido, abandonado á sus

propios recursos después de un largo bloqueo que le dejara en plena miseria.

Cualquiera creería que Veracruz, en tan tristes circunstancias, se encontraría incapaz, no sólo de resistir, sino de aparentar siquiera un esfuerzo digno de sus viejas glorias...

Mas no; muy al contrario, sus habitantes noblemente indignados contra aquella injusta agresión, palpitando el entusiasmo latino que aviva en su caliente sangre el espectáculo de su Golfo amado, se deciden á morir por la patria, levantando muy alto su bandera, antes de que se cumpliesen los fatales destinos!

Y así fué. Todos los veracruzanos, desde el más humilde *cargador* del puerto, hasta el opulento comerciante; desde el infimó pescador ó el albañil, hasta el hijo de familia notable... ¡qué! aun los mismos presidiarios fraternizaron y se unieron ante el peligro común, ante la amenaza del Invasor que pretendía apoderarse tranquilamente de aquel hermoso jirón de patria que, desgraciado y batido por todos los huracanes, era para ellos tan adorado y hermoso!

Todas las clases sociales aprontaron sus elementos para cooperar con la escasa guarnición y la Guardia Nacional y otras fuerzas venidas de diferentes puntos del Estado, á la defensa de la plaza cuyo Comandante militar, general Morales, había decidido sostenerla á todo trance, apoyada por la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde mandaba el general Durán.

El Ayuntamiento á cuyo frente estaba Manuel Gutiérrez Zamora, hizo portentos de heroísmo, ayudando prodigiosamente á la guarnición que hubiera carecido de toda clase de alimentos y provisiones, si no es por la decidida protección de la pléyade de heroicos ciuda-

danos que eran dignos representantes de aquella noble sociedad costeña.

La guarnición de la plaza constaba de 3,300 hombres y la de Ulúa de mil y tantos, teniendo ambas sus fortificaciones en el mayor estado de abandono, y aunque se emplearon faginas para reponerlas y aun apoyarlas, extendiéndolas según las que el enemigo ejecutaba en las noches, nunca pudieron llevarse á cabo ni los más necesarios trabajos de reparación.

Para lograr la instalación de Hospital de Sangre, fué preciso iniciar una serie de subscripciones particulares, al mismo tiempo que notables damas y bellas señoritas se entregaban asiduamente á la incesante labor de preparar hilas para los heridos; cortar vendas en lienzos que ellas suministraban, mientras heroicas familias fabricaban saquillos para la pólvora de los cañones.

Hubo también familias y comerciantes veracruzanos que aprontaron toda clase de recursos para la magna resistencia; y ante las posiciones enemigas que iban cercando la ciudad, aproximábanse de vez en cuando audaces jóvenes, jinetes en ligeros caballos, yendo á lazar reses cerca de los Médanos, con el objeto de introducir las al recinto de la población.

Ésta quedó rodeada por tres líneas de fortificaciones, en cuyos baluartes y trincheras se repartieron económicamente nuestras fuerzas, contando los puntos principales con lo mejor de la artillería, la que constaba en Veracruz de 89 piezas y en Ulúa de 135. Mas, hay que advertir que sus cureñas eran viejas, defectuosas, muchas de ellas inservibles, y sobre todo, que escaseaban proyectiles y pólvora. De ésta no había en la plaza y en Ulúa sino para seis horas de fuego, y

sólo gracias al arribo de una embarcación francesa con dos mil quintales de pólvora (burlando el bloqueo de la escuadra americana) se logró obtener la suficiente para abastecer nuestra artillería.

Respecto de viveres, inútil es decir que no existían en la plaza, habiéndose agotado desde un principio las reservas, teniendo el Ayuntamiento que hacer requisiciones de granos para dar rancho á la Guardia Nacional, donde se alistó la flor y nata de la sociedad veracruzana.

En vano el Gobernador Morales pedía auxilios urgentes á la capital de la República; pero en ésta ardía la envenenada discordia civil: no se pensaba en la patria!

¡Con cuánta razón escribía aquel digno ciudadano el 5 de Marzo al Ministerio de la Guerra:

« Un puñado de valientes, descalzos, mal vestidos, pero sin más afecciones que las que inspira el verdadero patriotismo, son todos mis recursos: los elementos que pudieran cooperar á un absoluto triunfo me han escaseado, mientras más afanosamente los he pedido: y entretanto en esa Capital la discordia civil hace derramar la sangre de los que podrían vertebrar honoríficamente en defensa de la patria. ¡Veracruz quedado reducida á sus propias fuerzas, como si realmente no perteneciera á la Unión nacional! »

El gobierno general contestó categóricamente: « no podía auxiliar á Veracruz, ni con un hombre ni con un peso. » Así, pues, la heroica ciudad quedó abandonada á sí misma, cercada por un enemigo poderoso que, tarde ó temprano, por hambre ó por fatiga la haría sucumbir. Bien lo comprendían así sus defensores; pero juraron defenderse con honra hasta el último extremo, como exige la Ordenanza.

Desde el 9 de Marzo en que principió el desembarco de las tropas americanas, empezaron los combates de la sección llamada de « Extramuros » que principió á hostilizar con sus guerrillas, en tanto que las trincheras de Veracruz y los cañones de Ulúa rompían su fuego sobre las tropas americanas que en sus reconocimientos se acercaban á tiro de cañón.

Los días 10, 11, 12, y 13, trascurrieron entre combates y escaramuzas de escasa importancia, y en los siguientes hasta el día 22, el enemigo se ocupó en sus obras de contravalación disponiendo sus plataformas y trincheras para principiar el bombardeo de la ciudad. En la tarde de ese día, el general Scott envió un parlamentario al Comandante Militar, intimando rendición á la plaza. Naturalmente el general Morales contestó enérgica y categóricamente, negándose á rendirse.

